

# NIVEL DE ALFABETIZACIÓN EN UNA CIUDAD CASTELLANA DEL SIGLO XVI: SECTORES SOCIALES Y GRUPOS ÉTNICOS EN ÁVILA

*Serafín de Tapia*  
*Universidad de Salamanca*

Estas líneas se redactan con la voluntad de contribuir, desde el análisis local, a un mayor conocimiento de un fenómeno social tan importante y poco conocido como el del nivel cultural del conjunto de la población de las ciudades castellanas del siglo XVI. Hasta ahora en nuestro país las élites son las que han recibido la mayor atención a este respecto y ello por dos motivos; el primero porque quienes más precozmente se interesaron por el asunto fueron los historiadores de la literatura quienes, como es lógico, orientaron sus trabajos hacia los consumidores de la producción impresa, que resultan ser los miembros de las clases acomodadas<sup>1</sup>; el segundo, porque la mayoría de los historiadores ha preferido rastrear el nivel cultural de las sociedades a través de un instrumento tan seguro al efecto como el análisis de los inventarios de bibliotecas, lo que necesariamente conduce a ocuparse fundamentalmente de los privilegiados, ya que hasta no hace mucho tiempo la posesión de libros ha sido monopolio de las élites a causa de su elevado precio<sup>2</sup>. Es tal el campo abierto en el examen de las bibliotecas y con tantas posibilidades de conexión con otros ámbitos más allá de los literarios (historia de las ideas religiosas, políticas, jurídicas, estéticas, filosóficas...) que muchos historiadores interesados por estos temas han preferido dejar para mejor ocasión

<sup>1</sup> Es el caso, por ejemplo, de M. Chevalier. *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Turner, Madrid, 1976.

<sup>2</sup> Aquí la nómina puede hacerse muy larga, tan sólo recogeremos algunos ejemplos: C. Batlle. «Las bibliotecas de los ciudadanos de Barcelona en el siglo XV» en *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'ancien régime*, Colloque de la Casa de Velázquez, A.D.P.F. Paris, 1981 pp. 15-31. M.A. Ladero y M.C. Quintanilla. «Bibliotecas de la alta nobleza castellana en el siglo XV» en *Livre et lecture ...* pp. 47-59. Y finalmente J.E. Gelabert. «La cultura libresca de una ciudad provincial del Renacimiento» *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada. La Documentación Notarial y la Historia*, II, Universidad de Santiago de Compostela, 1984, pp. 147-163.

un trabajo tan arduo y resbaladizo como la investigación del nivel de alfabetización del pueblo llano. Sin duda la excepción más notable sea, en el ámbito español y para el siglo XVI, el trabajo de Ph. Berger sobre Valencia en el que, gracias al volumen de información allegado, también se da cuenta de la situación cultural de las clases trabajadoras<sup>3</sup>; en honor a la verdad hay que decir que no son las dificultades derivadas de un trabajo ingente lo que suele retraer a la mayoría de los colegas a la hora de encarar una línea de investigación sino las dudas respecto a la garantía científica del trabajo emprendido; en este caso la dificultad proviene de que el único indicador utilizable cuando se trata de detectar el nivel de alfabetización de las masas populares es la firma y es sabido que no hay acuerdo respecto a la equivalencia entre saber firmar y saber leer y, mucho menos, escribir<sup>4</sup>.

Sólo recientemente han comenzado a aparecer en el panorama nacional trabajos del tipo del que aquí presentamos, es decir recurriendo a la firma como indicador y, por tanto, aspirando a establecer el nivel cultural de todos los grupos sociales<sup>5</sup>. Y es que las dudas respecto a la verosimilitud de la ecuación firma = lectura no pueden disuadir de hacer el trabajo, por dos razones contrapuestas; primera porque, sin perjuicio de que posteriores investigaciones aclaren esta cuestión, no hay duda de que la destreza de rubricar supone un nivel superior, una cierta capacidad de representación simbólica, que quien es incapaz de firmar no posee, pudiéndose establecer, en consecuencia, las fronteras de una cultura elemental; la segunda porque, incluso aunque se demostrara que saber firmar equivale a dominar la técnica lectora, no hay garantía de que tal habilidad lecto-escritora supusiera que tales sujetos hubiesen transpasado el umbral de lo que hoy denominamos «analfabetismo funcional», es decir que fueran capaces de comunicar a los demás por escrito —o entender— un mensaje medianamente complejo que necesitaran para poder actuar eficazmente en su entorno, y que pudieran servirse de la lectura y escritura para su propio desarrollo y el de su comunidad<sup>6</sup>. Obviamente los alfabetizados funcionales son los únicos que se pueden considerar como poseedores de un nivel cultural tal que les va a permitir consumir literatura y otra producción impresa y facilitarles el éxito social en cual-

<sup>3</sup> «La lecture a Valencia de 1474 à 1560 (Evolution des comportements en fonction des milieux sociaux)» en *Livre et lecture...* pp. 97-110.

<sup>4</sup> Ver a este respecto las reflexiones de Lawrence Stone («Literacy and Education in England, 1640-1900» *Past and Present*, 42 (1969) pp. 69-139, especialmente p. 98) y de Roger Chartier (*Livre et lecture...* p. 109). En todo caso a nosotros nos parece convincente el trabajo de F. Furet y W. Sachs quienes mostraron que a la altura de 1866 la tasa de correlación entre los que firman y los que declaran saber leer y escribir está cerca de la correspondencia absoluta («La croissance de l'alphabétisation en France, XVIII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècle» *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 29 (1974), pp. 714-737); es de suponer que lo que valía para 1866 sirviera para tres siglos antes.

<sup>5</sup> B. Bennassar hace una presentación del estado de la cuestión en «Las resistencias mentales» en el libro colectivo dirigido por él mismo: *Orígenes del atraso económico español*, Ariel, Barcelona, 1985, pp. 147-163.

<sup>6</sup> Así entendió la UNESCO el concepto de «analfabetismo funcional» en su 20.<sup>a</sup> Conferencia General en 1978 (Cf. J.A. Fernández Fernández (coord.) *Libro Blanco de la Educación de Adultos*, Ed. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1986, p. 182).

quiera de los ámbitos. Con otras palabras, lo relevante no es conocer si firmar equivale a leer, sino tener información de cuántos y quiénes habían superado la barrera del analfabetismo funcional y esto es muy difícil de establecer, entre otras razones, por la existencia de niveles intermedios de madurez intelectual<sup>7</sup>. Sin embargo, parece claro que tal dificultad no es argumento suficiente para desinteresarnos por el conocimiento de los niveles de dominio de estas destrezas tan fundamentales para el desarrollo de los individuos y de las sociedades.

Así pues, merece la pena dedicar algún esfuerzo a echar luz sobre la cuestión de en qué medida la gente sabía o no sabía firmar en la época del Renacimiento castellano máxime cuando se tiene la fortuna de disponer de este tipo de información desde los primeros años del siglo XVI, circunstancia poco frecuente.

De las posibles fuentes —judiciales, fiscales y notariales<sup>8</sup>— la única que satisfacía las exigencias del marco cronológico, el quinientos, era la información aportada por las escrituras notariales, concretamente la rúbrica —o la indicación de no saber escribir— puesta por el titular de las escrituras notariales al final del documento en cuestión<sup>9</sup>. Es sabido que, tratándose de este material tan voluminoso, se impone trabajar mediante técnicas de muestreo; en el caso de los fondos del Archivo Histórico Provincial de Ávila (AHPAv) son casi un millar los volúmenes de la Sección de Protocolos pertenecientes al siglo XVI; por ello se ha optado por revisar todas las minutas notariales conservadas que se refieren a los años 1503, 1528, 1553, 1578 y 1603, es decir cinco cortes de 25 en 25 años<sup>10</sup>. Han sido 56 volúmenes los vistos (algunos no completamente). Como es lógico el número de escrituras existentes en cada uno de estos cortes va aumentando a medida que transcurre el siglo<sup>11</sup>. Para superar el inconveniente que supondría trabajar con muestras muy desproporcionadas en cada uno de los años (es decir, mucho más pequeñas en los primeros cortes cronológicos que en los últimos), nos ha parecido oportuno ampliar el ámbito cronológico de los dos primeros sondeos a los

<sup>7</sup> Daniel Roche ya fue consciente de esta dificultad al sostener la imposibilidad de establecer una correspondencia entre la habilidad de escribir que permite la liberación y la afirmación de la personalidad por una parte y la capacidad de leer pasivamente por la otra («La culture populaire a Paris au XVIII siècle: les façons de lire» en *Livre et lecture...* p. 160).

<sup>8</sup> Cf. B. Bennassar. «Las resistencias mentales», o.c.

<sup>9</sup> El recurso a esta fuente hace tiempo ya lo sugirió el mismo B. Bennassar en su *Valladolid en el Siglo de Oro* (Ed. Fundación Municipal de Cultura, Valladolid, 1983) donde escribió: «Se podría llevar a cabo un estudio estadístico a partir de los protocolos notariales, analizando sistemáticamente todas las actas. Casi todo el mundo, en la época, pasaba un día u otro ante el escribano, y cuando no sabían escribir lo decían en el momento de firmar» (p. 468).

<sup>10</sup> Se han revisado las escrituras notariales de *todos* los escribanos de los que se conservan registros, para evitar la selección social que cada uno de ellos pudiera hacer con su clientela; lógicamente de 1503 y, quizá, de 1528 se han perdido algunos aunque se han conservado un número suficiente de ellos.

<sup>11</sup> Esta documentación procede del Archivo Histórico Provincial de Ávila, sección Protocolos. Concretamente corresponden a cada uno de los años siguientes: *Año 1503*: 144, 2, 405, 146, 411 y 1; *Año 1528*: 184, 1.980, 268, 252, 1.195, 7 y 496; *Año 1553*: 21, 215, 294, 488, 315, 322, 67, 250, 1.538, 323, 402 y 410; *Año 1578*: 415, 75, 455, 234, 418, 489, 107, 257, 414, 177, 288, 478 y 256; *Año 1603*: 545, 622, 1.138, 679, 529, 791, 642, 585, 205, 750, 627, 570, 510, 650, 1.108, 138, 139 y 525, siempre ordenados de mayor a menor según el número de personas aportadas por los diversos libros de protocolos.

años colindantes, naturalmente recogiendo información sólo de individuos que no hubieran aparecido en el año central; de esta manera en vez de las 46 personas de las que conocemos si firmaba o no el año 1503 se ha pasado a 277 y en el año 1528 la cantidad inicial, 78 personas, se pudo ampliar a 192<sup>12</sup>.

Como es lógico el número de personas que aparecen en los miles de escrituras revisadas es muy superior a las 1670 con las que vamos a trabajar; pero sólo se han tenido en cuenta los vecinos de la ciudad de Ávila y de ellos casi exclusivamente aquellos de los que se indica el oficio (excepto en el caso de las mujeres y de los nobles, de los que casi nunca se señala su ocupación); de esta manera se han excluido los habitantes de la tierra (clientela mayoritaria de muchos escribanos) y los de la ciudad de oficio desconocido. Además hay que tener en cuenta que prácticamente todas las personas aparecen más de una vez en las escrituras, sobre todo los miembros de ciertas profesiones, como los mercaderes; evidentemente en nuestra base de datos sólo se recogen en una ocasión.

Tampoco se registran los clérigos, no sólo porque en el marco de esta investigación resulta inútil (todos sabían firmar) sino porque al no incluirlos se facilita la comparación de los resultados ahora obtenidos con los de la estructura ocupacional resultante de la información aportada por los padrones del repartimiento del Servicio, en los que sólo aparecen los pecheros<sup>13</sup>.

Finalmente, también han sido excluidos de los cuadros básicos los moriscos, una importante minoría que suponía del 8,3 al 19,1 por cien de la población abulense, dependiendo de los momentos; en la última parte de este trabajo se comparará el nivel de alfabetización de este grupo con el de la mayoría cristiano-vieja.

El cuadro 1 (columna 3) refleja que la muestra con la que se va a operar supone como media a lo largo del período el 14,7 por cien de los vecinos, lo que puede considerarse una cantidad aceptable. El nivel de alfabetización es desde el primer momento sorprendentemente alto, alcanzando casi cotas francesas<sup>14</sup> y superando el 38,5 de firmantes de Toledo (años 1540-1600), el 44,2 de Badajoz (2.ª mitad del s. XVII) y el 45,4 de Madrid (año 1650); únicamente se coincide con el 52,5 de Santiago de Compostela en 1635<sup>15</sup>. Encontramos dos tipos de expli-

<sup>12</sup> El número de individuos referidos a cada año, en el corte de 1503, son los siguientes: 1503, 46; 1504, 141; 1506, 3; 1508, 7; 1509, 10 y año 1510, 74 personas. En el corte de 1528 son: 1526, 7; 1527, 77; 1528, 78; 1529, 18; 1530, 8; 1531, 1 y 1531, 3.

<sup>13</sup> Cf. S. de Tapia. «Estructura ocupacional de Ávila en el siglo XVI» en *El pasado histórico de Castilla y León*, Ed. Junta de Castilla y León, Burgos, 1983, pp. 201-224.

<sup>14</sup> Cf. R. Chartier. *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, ed. Seuil, París, 1987 (especialmente el cap. III, «Strategies editoriales et lectures populaires, 1530-1660», pp. 87-124) y del mismo autor «La circulation de l'écrit dans les villes françaises, 1500-1700» en *Livre et lecture...* pp. 151-157.

<sup>15</sup> Cf. M.C. Rodríguez y B. Bennisar. «Firmas y nivel cultural de los testigos y acusados en los procesos de la Inquisición del Tribunal de Toledo (1525-1817) y del Tribunal de Córdoba (1595-1632)» *Caravelle* 31 (1978) pp. 17-46; F. Marcos y F. Cortés. *Educación y analfabetismo en la Extremadura meridional (siglo XVII)* ed. Serv. Publicaciones Universidad Extremadura, Cáceres, 1987, p. 40; C. Larquí. «La alfabetización de los madrileños en 1650» *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. XVII (1981) pp. 223-252; J.E. Gelabert. «Lectura y escritura en una ciudad del siglo XVI: Santiago de Compostela» en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, ed. Universidad Complutense, Madrid, 1985, pp. 161-182.

Cuadro 1  
NIVEL DE ALFABETIZACIÓN DE LA POBLACIÓN LAICA  
CRISTIANO-VIEJA DE ÁVILA EN EL SIGLO XVI POR PERÍODOS

Año	Vecinos Ávila	Personas de las que tenemos información		saben firmar		no saben firmar	
		n.º	0/0	n.º	0/0	n.º	0/0
	1 (1)	2	3	4	5	6	7
1503 (2)	1.529	277	18,1	126	45,5	151	54,5
1528 (3)	1.945	192	9,9	100	52,1	92	47,9
1553	2.863	192	6,7	106	55,2	86	44,8
1578	2.740	434	15,8	232	53,4	202	46,5
1603	2.299	575	25,1	312	54,2	263	45,7
Total	11.376	1.670	14,7	876	52,4	794	47,5

- (1) Excluida la población eclesiástica. Estos datos proceden de nuestro artículo «Las fuentes demográficas y el potencial humano de Ávila en el siglo XVI», *Cuadernos Abulenses*, 2 (1984), pp. 31-88.
- (2) En este bloque se acumula información de una serie de años comprendidos entre 1503 y 1510. El número de individuos referidos a cada año es el siguiente: 1503 = 46; 1504 = 141; 1506 = 3; 1508 = 7; 1509 = 10 y 1510 = 74.
- (3) Id. entre los años 1526 y 1532; concretamente: 1526 = 7; 1527 = 77; 1528 = 78; 1530 = 8; 1531 = 1 y 1532 = 3.

cación a este hecho; el primero se deriva del tipo de fuente empleada: escrituras notariales que recogen actuaciones sociales casi siempre de carácter económico por lo que, si bien se hacen eco con exactitud de la presencia de los personajes más ricos y activos (mercaderes, gente que hace contratos...), tienen cierta proclividad a infrarrepresentar a los sectores sociales más modestos o con actividades profesionales de escaso dinamismo (asalariados, campesinos, ...), que eran los grupos de menor nivel cultural junto con las mujeres; no obstante, más adelante se verá que, en este caso, no es minoritaria la presencia de los menudos; por lo que se refiere a la información respecto a las mujeres, se trata de una carencia generalizada<sup>16</sup>. El segundo tipo de explicación del alto nivel de alfabetización guarda relación con las características y condiciones de esta ciudad en el siglo XVI; Ávila era por entonces un centro urbano de nivel medio en el contexto de la Corona de Castilla, con un importante incremento, a lo largo de la centuria, de su actividad artesanal, sobre todo la textil<sup>17</sup>; tal desarrollo de su capacidad productiva (por otra parte frenado drásticamente en el tránsito del siglo XVI al XVII) no fue lo suficientemente duradero ni profundo como para lograr que las tradicionales señas de identidad de la ciudad fueran alteradas: estamos en una ciudad que conserva grandes dosis de centro eclesiástico y donde se ubican los servicios

<sup>16</sup> Cf. el caso valenciano en Ph. Berger, o.c. p. 99.

<sup>17</sup> Cf. nuestro artículo «Estructura ocupacional...» o.c.

administrativos del territorio<sup>18</sup>; se sabe que en las ciudades de estas características la alfabetización era superior a la de los lugares de impronta artesanal.

En la ciudad no existía ninguna actividad editorial ni impresora<sup>19</sup> pero, en cambio, no era comparativamente escaso el número de quienes profesionalmente se dedicaban a la instrucción y a la difusión de los libros. El cuadro 2 recoge la información que a este respecto aportan los padrones del repartimiento del Servicio a lo largo de los años y —para 1561— las Averiguaciones de Alcabalas<sup>20</sup>; resulta significativo que en este último padrón, gracias a que se incluían los individuos de los tres estados y no sólo los pecheros, el número de los que se dedican a instruir aparece notablemente incrementado: en realidad existían cuatro maestros (tres maestros de niños y uno que enseña gramática), más cinco clérigos que «enseñan a niños» y otros dos clérigos que enseñan gramática, total once personas, muchas más que en otras ciudades castellanas de tamaño parecido<sup>21</sup>. Estos cinco clérigos que enseñan a niños sin duda eran los jesuitas a los que en 1570 se refiere Santa Teresa cuando, en carta a su hermano Lorenzo que pensaba regresar desde América con sus hijos, le describe el panorama educativo de la ciudad: «Olvidóseme de escribir en estotras cartas el buen aparejo que hay en Ávila para criar bien esos niños. Tienen los de la Compañía un colesio donde los enseñan gramática y los confiesan de ocho a ocho días y hacen tan virtuosos que es para alabar al Señor. También leen filosofía y después teología en Santo Tomás [un monasterio de dominicos que expidió títulos universitarios hasta 1804], que no hay para que salir de allí para virtud y estudio...»<sup>22</sup>

<sup>18</sup> La ciudad de Ávila basaba su tradicional poderío en el control de una de las tierras más amplias y pobladas —16.000 vecinos— de la Corona de Castilla (cf. M. Fernández Álvarez y A. Díaz Medina. *Los Austrias Mayores y la culminación del Imperio (1516-1598)*, vol. 8 de la *Historia de España*, ed. Gredos, Madrid, 1987, p. 205).

<sup>19</sup> No sólo lo revela la inexistencia de trabajadores de este sector sino el hecho de que cuando los obispos necesitan publicar algo lo encargan a impresores de fuera, como Andreas de Portonaris que imprimió en Salamanca las *Constituciones Sinodales del Obispado de Ávila* en 1557 o Lorenzo de Soto que en 1571 imprimió en Martín Muñoz (Segovia) unas *Instituciones* emanadas por el obispo Don Álvaro de Mendoza. Un ejemplar de las Constituciones se halla en el Archivo Diocesano de Ávila; de las Instituciones aludidas se encuentra una referencia en el *Libro de Becerro, Quentas, Decretos (1512-1667)*, fol. 251 v., de la Parroquia de San Martín, Arévalo, Archivo Diocesano de Ávila, 135/1/3.

<sup>20</sup> AHPAv., Sección Ayuntamiento, 59, 6/18 (1514); 59, 6/24 (1517); 61, 7/23, 24, 26 y 28 (1530); 63, 9/3 (1540); 67, 11/23 (1571); 68, 12/8 (1580); 68, 12/14 (1590); 71, 14/10 (1603); 73, 15/19 (1626). La Averiguación de Alcabalas de 1561 en AGS, *Exp. Hacienda*, leg. 50.

<sup>21</sup> B. Bennassar recopila los maestros de varias ciudades en ese año: 12 en Valladolid, 6 en Segovia, 2 en Medina del Campo... («Las resistencias mentales», o.c., p. 157) y J.I. Gelabert indica que en Santiago de Compostela hay 5 maestros («Lectura y escritura...», o.c. p. 166). Obsérvese que Valladolid y Segovia eran bastante mayores que en Ávila, sobre todo la primera, en concreto en los años 1531 y 1591 Ávila tenía 1.830 y 2.781 vecinos respectivamente, mientras que en Valladolid eran 6.750 y 8.112 y en Segovia 3.781 y 5.657 (cf. S. de Tapia: «Las fuentes demográficas y el potencial humano de Ávila en el siglo XVI», *Cuadernos Abulenses*, 2 (1984) p. 54; B. Bennassar. *Valladolid...*, p. 158 y A. García Sanz. *Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y Sociedad en tierras de Segovia. 1500-1814* Ed. Akal, Madrid, 1977, p. 45.

<sup>22</sup> *Cartas* (Toledo, 17 de enero de 1570) en *Obras Completas*, B.A.C. Madrid. 1979, p. 690. Estas palabras de la Santa parecen confirmar la aseveración de L. Stone de que uno de los factores que contribuyen a elevar el nivel de alfabetización en el Renacimiento es la religión («Literacy and Education...», o.c., p. 76). Bien es verdad que si en los países protestantes este papel de la religión se

Cuadro 2  
**PROFESIONES VINCULADAS A LA INSTRUCCIÓN Y A LA DIFUSIÓN  
 DE LA CULTURA**

	1514	1517	1530	1540	1549	1561	1571	1580	1590	1603	1626
escritor	—	1	—	—	—	4	—	—	1	—	—
librero	3	3	3	5	9	4	5	4	3	1	2
maestro	—	—	1	1	3 (1)	11	5	4	1	3	2
pergamintero	1	1	1	4	4	3	1	4	—	1	2

(1) «Amuestramos» en la casa de la doctrina y maestro de mozos a la iglesia mayor.

Resulta interesante prestar atención a la evolución de la tasa de firmantes: se produce un gran incremento hasta 1528 manteniéndose en el mismo nivel —con ligeras oscilaciones— hasta 1603. Con el objetivo de encontrar un significado a tal evolución hemos desagregado los datos del cuadro 1 distinguiendo entre hombres y mujeres (cuadro 3, a y b). Se observa la gran diferencia entre unos y otras: 58 y 16,6 por cien respectivamente es la media de alfabetizados en el conjunto del período.

Es este gran contraste entre los sexos, así como la disparidad del número de mujeres presentes en cada uno de los cortes cronológicos, los que en gran manera introducen variaciones ilógicas en las tasas totales del cuadro 1; por ejemplo, el alto nivel de firmantes de 1553 respecto de 1528 viene determinado porque en aquel año sólo había un 9 por ciento de mujeres mientras que en 1528 eran el 15,1 por cien; otro tanto puede decirse respecto a 1578.

Similares distorsiones provoca (aunque en sentido opuesto, es decir por inducir al alza) la diferente presencia de nobles en cada año, aunque dado su poco volumen absoluto (sólo se han recogido 43) la trascendencia es mucho menor que en el caso de las mujeres.

A priori, una discriminación interesante es la determinada por el sector productivo. Utilizamos, por razones de comodidad metodológica, la división clásica en los tres sectores de actividad (primario, secundario y terciario) más otro que recogería a los nobles, las mujeres sin oficio —la mayoría— y algunos hombres de profesión indeterminada (cuadro 4). Aparte de la claridad con que se manifiesta la distinta capacidad de firmar de los tres sectores, son las actividades artesanales las que —gracias al aceptable volumen de la muestra— permiten dibujar un comportamiento coherente de esta variable cultural, caracterizado por un avance —explosivo en el primer tercio del siglo— hasta 1578, seguido de un período de declive; esta era también, grosso modo, la tendencia reflejada por la tasa de alfabetización del conjunto de los hombres.

ha mantenido hasta nuestros días, en las zonas católicas la Contrarreforma hizo que a partir de último tercio del siglo XVI el acceso generalizado a la cultura libresca no fuera fomentado por la Iglesia Católica con el mismo ímpetu que en las décadas anteriores.

Cuadro 3  
NIVEL DE ALFABETIZACIÓN POR SEXOS Y PERIODOS

Año	Pers. de las que tenemos inform.		saben firmar		no saben firmar	
	n.º	% (1)	n.º	%	n.º	%
	1	2	3	4	5	6
<b>a) HOMBRES</b>						
1503	261	94,2	125	47,9	136	52,1
1528	162	84,4	95	58,6	67	41,4
1553	174	90,6	99	56,9	75	43,1
1578	343	79	217	63,3	126	36,7
1603	506	88	302	59,7	204	40,3
Total	1.446	86,7	838	58	608	42
<b>b) MUJERES</b>						
1503	16	5,8	1	6,3	15	93,7
1528	29	15,1	4	13,8	25	86,2
1553	18	9	7	38,9	11	61
1578	91	21	15	16,5	76	83,5
1603	69	12	10	14,5	59	85,5
Total	223	13,4	37	16,6	186	83,4

(1) Respecto al total de individuos de los dos sexos.

Cuadro 4  
NIVEL DE ALFABETIZACIÓN POR SECTORES PRODUCTIVOS

Año	Primario				Secundario				Terciario				Indeterminado			
	firman		no s. firm.		firman		no s. firm.		firman		no s. firm.		firman		no s. firm.	
	n.º	%	n.º	%	n.º	%	n.º	%	n.º	%	n.º	%	n.º	%	n.º	%
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16
1503	—	—	6	100	32	25,8	92	74,2	38	77,5	11	22,4	56	57,1	42	42,9
1528	—	—	4	100	34	43	45	57	22	88	3	12	43	51,8	40	48,2
1553	3	23	10	77	61	52,5	55	47,4	21	80,7	5	19,3	21	56,7	16	43,2
1578	2	10	18	90	135	63,3	78	36,6	34	65,4	18	34,6	61	40,9	88	59,1
1603	7	24,1	22	76	175	53,7	151	46,3	87	83,6	17	16,4	43	37	73	63
Total	12	16,7	60	83,3	437	50,9	421	49,1	202	78,9	54	21,1	224	46,4	259	53,6

Habrá que esperar a contar con información de otros lugares del país para poder comprobar si estamos ante un fenómeno general o si se trata de un caso particular; no obstante resulta probable suponer que este dato del estancamiento en el nivel de alfabetización pudiera guardar cierta relación con el giro que a partir de 1556-1563 toma la política real respecto a la cultura y que transformó la



España del Renacimiento —completamente abierta a las influencias humanísticas europeas— en la semicerrada España de la Contrarreforma<sup>23</sup>. La sospecha y el control a que se sometió el mundo del pensamiento y de los libros ha llevado a algún autor a afirmar que de estas épocas arrancan los orígenes del temor y desprecio de los españoles hacia la letra impresa<sup>24</sup>. No resulta, por tanto, muy aventurado relacionar esta circunstancia con la disminución del interés por aprender a leer y escribir que parecen indicar la evolución del número de enseñantes en la ciudad y —quizá más expresivamente— el de los libreros<sup>25</sup>, cuya curva es reflejo gráfico del viaje de ida y vuelta de la sociedad castellana en este ámbito<sup>26</sup>.

## ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y NIVEL DE ALFABETIZACIÓN

En el cuadro 5 se desglosa en sectores y subsectores productivos la información respecto a si sabían o no sabían firmar sus componentes. El número de personas de cada uno de estos grupos está repartido de manera bastante proporcional a como se distribuía el conjunto de la población activa pechera de la ciudad<sup>27</sup>, de manera que en este caso no hay problemas de supra o infrarrepresentación de algún colectivo laboral.

En el cuadro no se incluye el estamento eclesiástico (los que aparecen en el subsector «servicio eclesiástico» son laicos que trabajan para la iglesia: ministriles, sacristanes...); únicamente algún modesto hidalgo habrá sido incluido en su sector de actividad: los caballeros aparecen al final separados de los activos. También se clasifican las mujeres según el oficio de su esposo.

El *sector artesanal* está alfabetizado al 50 por cien, con importantes diferencias en su seno, destacando positivamente los dedicados a actividades artísticas (plateros, escultores, pintores...) seguidos de los de la confección (sastres y calceteros); esta proclividad de los sastres/calceteros por la cultura, o más bien su posición de privilegio dentro del bloque de los artesanos, ya ha sido detectada en otras partes, por ejemplo, en Barcelona, Valencia, Santiago de Compostela y

<sup>23</sup> Cf. J.H. Elliot. *La España Imperial, 1469-1716*, Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1965, pp. 241 ss. También M. Fernández Álvarez en *Los Austrias Mayores...*, o.c., especialmente el capítulo «La infiltración del luteranismo» (pp. 292 ss.).

<sup>24</sup> H. Kamen. *La Inquisición española*, Alianza Editorial, Madrid, 1973, especialmente el capítulo 5: «El silencio se ha impuesto» (pp. 80 ss.).

<sup>25</sup> Quizá el número de libreros estuviera algo sobredimensionado para la capacidad lectora de la ciudad: así cabe explicar que en la Averiguación de Alcabalas de 1561 aparezca (fol. 9 v.) un tal Juan Luis, *librero y tabernero*. Es posible que con pluriempleo tan atípico el señor Juan Luis consiguiera salir adelante.

<sup>26</sup> Como es lógico el nivel de descenso de alfabetización sólo puede detectarse como mínimo con un retraso de 15 ó 20 años respecto al momento en que se produce el desinterés por la instrucción generalizada de la población; por ello sólo el corte de principios del siglo XVII refleja el cambio de coyuntura.

<sup>27</sup> Cf. nuestro artículo ya citado «Estructura ocupacional...» especialmente las págs. 205 y 223.

Cuadro 5  
ESTRUCTURA OCUPACIONAL Y NIVEL DE ALFABETIZACIÓN

	Pers. de las que ten. información		escriben		no s. escr.		Mujeres (ocup. esposo)			
	n.º	%	n.º	%	n.º	%	escriben		no s. escr.	
	1	2 (1)	3	4 (2)	5	6 (2)	7	8	9	10
<i>Artesanado:</i>										
Textil manuf.	222	18,8	104	46,8	118	53,1			28	
Textil confec.	113	9,5	77	68,1	36	31,1	1		11	
Metal	45	3,8	25	55,5	20	44,4			7	
Cuero/calz.	193	16,4	80	41,5	113	58,5			21	
Construcción	158	13,3	79	50	79	50	1		13	
Artíst.	49	4,1	41	83,7	8	16,3	2		3	
Ind. aliment.	37	3	10	27	27	73			1	
Varios	43	3,6	21	48,8	22	51,2			10	
Subtotal	860	72,5	437	50,9	423	49,1	4	4,1	94	95,9
<i>Servicios:</i>										
Alimentación	35	2,9	18	51,4	17	48,6	1		1	
Burocracia	35	2,9	34	97,1	1	2,9	4		2	
Comerc/transp.	92	7,7	78	84,8	14	15,2	5		8	
Serv. domést.	22	1,8	13	59,1	9	40,9	1		1	
Serv. sanitario	34	2,9	31	91,2	3	8,8	2	6		
Serv. eclesiast.	9	0,7	8	88,9	1	11,1			1	
Varios	27	2,3	21	77,7	6	21,4	3		3	
Subtotal	254	21,4	202	79,5	51	20	16	42,1	22	57,9
<i>Agricultura</i>	72	6,1	12	16,7	60	83,3	—		9	100
<b>TOTAL</b>	1.186	100	652	55	534	45	20	13,8	125	86,2
Nobles	29		29	100			12	85,7	2	14,3

(1) % respecto al total de activos (1.186).

(2) % respecto al total de los que tienen esa dedicación profesional.

Amiens<sup>28</sup>. En el otro extremo se hallan los de la alimentación (molineros, panaderos, horneros...) y los del cuero (zapateros, zurradores...), lo mismo que ocurre en Santiago de Compostela, Amiens y Lyon<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Cf. C. Batlle. «Las bibliotecas de los ciudadanos de Barcelona...» o.c. p. 33; Ph. Berger. «La lecture a Valencia...» o.c. p. 100; J.E. Gelabert. «Lectura y escritura en... Santiago de Compostela» o.c. p. 182; A. Labarre. *Le livre dans la vie amiénoise du XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris-Louvain, Ed. Nauwelaerts, 1971.

<sup>29</sup> Ver, para Lyon, N.Z. Davis. *Les cultures de peuple. Rituels, sovoirs et résistances au 16<sup>e</sup> siècle*, Ed. Aubier-Montaigne, París, 1979, p. 331. Resultan sorprendentes las similitudes entre el caso lionés y el abulense en numerosos oficios.

Sin duda el 50 por ciento de lectores en el sector artesanal es una cifra alta pero no aberrante, pues idéntico nivel alcanzan los pequeños comerciantes, artesanos y practicantes de oficios subalternos de la ciudad de Córdoba en el período 1601-1650<sup>30</sup> y resulta inferior a los dos tercios de alfabetizados en este sector en Montpellier entre 1574 y 1576<sup>31</sup>; habrá, por tanto, que revisar la idea tan común de que el analfabetismo era cuasi universal entre el artesanado urbano; en tal caso esto vale para el campo pero no para las ciudades, al menos para las del interior y Levante. Posiblemente en otros puntos del país el panorama fuera otro; así J.E. Gelabert —utilizando documentación de tipo fiscal— halla que en Santiago, en 1635, sólo saben firmar el 17,5 por cien de los varones cabeza de familia del estado llano<sup>32</sup>.

El segundo bloque del cuadro 5 se refiere al *sector de servicios*, cuyo nivel medio de alfabetización asciende al 79,5 por cien, destacando los burócratas (97,1 por cien), los sanitarios (91,2 por cien) y los que trabajan para las instituciones eclesiásticas (88,9 por cien); se trata de subsectores en los que la lecto-escritura es profesionalmente imprescindible: los únicos iletrados de entre ellos son un pregonero, tres barberos (de uno de los cuales consta que es asalariado de un barbero tal cual, y los otros dos posiblemente también lo fueran) y un santero de una ermita. Los de menor nivel cultural son los dedicados a la alimentación (fruteros, mesoneros...) y al servicio doméstico (mayordomos, criados); este último grupo es muy heterogéneo en cuanto al nivel cultural, por ejemplo los 8 mayordomos que aparecen saben firmar mientras que sólo lo hacen 3 de los 7 criados<sup>33</sup>. Algo parecido ocurre con el colectivo de los agrupados bajo el epígrafe comercio/transporte: no puede tener el mismo grado de instrucción un mercader-empresario que un arriero asalariado que conduce una reata de mulas; no obstante este subsector estaba bastante alfabetizado, no tanto por su curiosidad cultural cuanto por necesidades del oficio; quienes han estudiado el contenido de las bibliotecas de los mercaderes han comprobado que se reducían a algunos libros piadosos y a almanaques para conocer los días de ferias<sup>34</sup>, de manera que se acepta generalmente que eran, de entre las élites, los lectores más mediocres<sup>35</sup> y que sólo compraban libros cuando accedían a la nobleza o cuando deseaban ayudar a sus hijos a superar algún grado en la jerarquía social<sup>36</sup>. En todo caso parece que en el sector de los servicios también ocurre en Ávila lo que en Valencia: que la excepción es el no lector<sup>37</sup>.

<sup>30</sup> M.C. Rodríguez y B. Bennassar. «Firmas y nivel cultural...» o.c.

<sup>31</sup> R. Chartier. «La circulation de l'écrit...» o.c. p. 151.

<sup>32</sup> «Lectura y escritura en una ciudad...» o.c. p. 165.

<sup>33</sup> Este fenómeno de que algún tipo de empleado doméstico gozase de aceptable nivel de instrucción ya fue observado por M. Chevalier quien les incluía entre el público lector de la literatura de entretenimiento (o.c. p. 30).

<sup>34</sup> *ib.* p. 27.

<sup>35</sup> Cf. R. Chartier. «La circulation de l'écrit...» o.c. p. 154.

<sup>36</sup> Cf. H.J. Martin. «Strategies editoriales dans la France d'Ancien Régime...» en *Livre et lecture...* p. 68.

<sup>37</sup> Cf. Ph. Berger. «Le lecture à Valencia...» o.c. p. 101.

Quienes se dedican al *cultivo de la tierra* son los más iletrados de todos: sólo el 16,7 por cien sabe firmar. Este es un fenómeno que atestiguan las distintas monografías existentes. Muchos de estos hortelanos y trabajadores (así eran llamados los asalariados de la agricultura) eran campesinos recién llegados a la ciudad desde el campo circundante, donde imperaba el analfabetismo.

Por lo que respecta a las *mujeres*, ya vimos (cuadro 3b) cuán pocas podían firmar, sólo el 16,6 por cien. Entonces, y todavía durante varios siglos más, la sociedad consideraba que respecto a la educación de las mujeres lo fundamental era su formación moral y, a lo sumo, que supieran leer y escribir. Pero la extracción social de la familia, expresada por la profesión del esposo, determinaba variaciones importantes; así, en el sector secundario sólo las esposas de los artistas desentonan, positivamente, del general analfabetismo (de 98 mujeres únicamente pueden firmar 4). Bastante mejor es el panorama entre las esposas de los del sector servicios: el 42,1 por cien de las que tenemos información ponen su rúbrica al pie de las actas notariales. Obviamente en el sector primario se localiza el mayor nivel de iletrismo: no sabe firmar nadie.

Los *caballeros* y sus esposas figuran al final del cuadro 5. Su separación respecto a los activos no supone que creamos que todos los nobles fueran ociosos. Este es el grupo social donde el analfabetismo está menos presente: los hombres saben todos escribir y las mujeres lo hacen en un 85,7 por cien. También en este caso se coincide con Valencia; allí como aquí el único segmento social en el que las mujeres saben leer masivamente es la nobleza<sup>38</sup>.

## NIVEL DE ALFABETIZACIÓN DE LOS DIVERSOS OFICIOS

A pesar de que la información aportada por el cuadro 5 es muy interesante, tal clasificación adolece de una carencia importante: no distingue entre los diversos oficios pertenecientes al mismo subsector productivo; por ejemplo, no discrimina entre los dueños de los talleres textiles —los fabricantes— y los asalariados que allí trabajan —perailes, tejedores...— que, cabe suponer, tendrían grados de alfabetización distintos, pues es sabido que el nivel económico influía mucho en el cultural. Para superar este inconveniente se ha procedido a detallar cada uno de los 163 oficios<sup>39</sup> que aparecen en algún momento del período estudiado; como la mayoría de ellos lo hace con poca frecuencia hemos centrado la atención en aquellos que más menudean, un total de 28 empleos de los tres sectores

<sup>38</sup> ib. p. 102. El hecho de que supieran leer y escribir no supone que usasen frecuentemente tal habilidad; por aquellos años el cronista Antonio de Guevara se lamentaba de que a las mujeres «sólo en vestir y hablar se les pasa el día, y en leer un libro no emplearán ni siquiera una hora» (*Libro llamado Reloj de Príncipes...* Valladolid, impreso por Nicolás Tierri, 1529, fol. 173, apud M. Vigil. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII*, ed. Siglo XXI, Madrid, 1986, p. 50).

<sup>39</sup> Esta gran diversidad profesional es indicio de la escasa integración económica de la época: los diversos núcleos urbanos debían autosatisfacer casi todas sus necesidades locales y las de la comarca limítrofe. Eran muy pocos los subsectores productivos que en Ávila superaban el marco local y comarcal.

productivos (cuadro 6), que acumulan el 70 por cien de las personas de las que conocemos su ocupación. Se presentan ordenados de mayor a menor, según su capacidad para firmar.

Creemos ver en el resultado de este análisis pormenorizado por oficios una lógica interna determinada por las condiciones objetivas requeridas por las distintas especialidades laborales; parece que más que la consideración social e in-

Cuadro 6  
LA ALFABETIZACIÓN EN LOS OFICIOS MÁS FRECUENTES

	Pers. de las que tenemos inform.	saben firmar	
		n.º	%
Boticario	7	7	100
Pintor	7	7	100
Platero	19	19	100
Escribano	9	9	100
Mercader	70	67	95,6
Barbero	21	18	85,7
Tundidor	30	23	76,7
Bordador	16	12	75
Herrador/albéitar	14	10	71,4
Calcetero	28	18	68
Fabricador	26	17	65,4
Ensamblador/entallador	23	15	65,2
Carpintero	66	39	59,1
Sastre	47	27	57,4
Cantero	42	20	47,6
Zapatero	124	56	45,2
Pellejero	18	8	44,4
Curtidor	14	6	42,8
Tejedor	72	28	38,9
Batanero	21	7	33,3
Ollero/alfarero	10	3	30
Zurrador	14	4	28,5
Tejero	14	3	21,4
Labrador/agricultor	31	6	19,3
Molinero	21	1	4,8
Peraile	12	0	0
Hortelano	16	0	0
Total	830		

cluso que el nivel económico atribuido a los diversos empleos, influye el nivel de abstracción requerido para desarrollarlos con solvencia; bien es verdad que con frecuencia estos supuestos se corresponden, aunque no siempre (ver, por ejemplo, el caso de los bordadores y los fabricantes).

Como se indicó más arriba (Cuadro 5) la media de los que saben escribir, de entre los de oficio conocido, es el 55 por cien. La tipología de las actividades que superan este porcentaje se caracteriza por:

- \* Requerir especial sensibilidad (pintores, plateros, bordadores).
- \* Beneficiarse sobremanera del conocimiento de la lectura y escritura hasta el punto de resultarles casi imprescindible (mercaderes, fabricantes).
- \* Necesitar más cierta capacidad de abstracción mental que fuerza física (calceiros y sastres —especialmente quienes diseñaran los patrones o los interpretarían—, ensambladores/entalladores, carpinteros y, quizá, tundidores<sup>40</sup>).

En cambio la naturaleza de los oficios que están por debajo del 55 por cien viene determinada por cualidades opuestas a las anteriores:

- \* Requerir la fuerza física (molineros, zurradores, bataneros, canteros...).
- \* Ser actividades muy simples y mecánicas (hortelanos, labradores, tejeros, olleros). En este grupo se incluyen de manera especial algunas de las más significadas operaciones de la manufactura textil, como las de los perales, bataneros, cardadores y tejedores.
- \* Ser trabajos desagradables como consecuencia de la materia prima elaborada, como el cuero (zurrador, curtidor, pellejero y zapatero).

Hecho este breve comentario a los oficios más frecuentes seguimos sin poder resolver otra carencia de nuestras fuentes, la referida a la posible correspondencia entre el nivel de alfabetización y el lugar que los diversos individuos ocupaban en las relaciones de producción; evidentemente no es lo mismo ser zapatero poseedor de un taller que ser oficial zapatero trabajando en este taller; sin embargo ambos vienen en los protocolos notariales calificados de zapateros y por tanto puestos por nosotros en el mismo apartado. Sería preciso recurrir a la documentación fiscal, concretamente a los padrones del repartimiento del Servicio, donde —aunque sólo se incluía a los pecheros— sin duda aparecerían la mayoría de los individuos presentes en la base de datos con la que venimos trabajando, con indicación de los maravedís que pagó; con el fin de poder establecer series homogéneas se reducirían a números índice lo aportado por cada uno en los cinco cortes cronológicos. La riqueza de la documentación conservada en el Archivo Histórico Provincial de Ávila<sup>41</sup> permitiría llevar a cabo un trabajo de estas características que en este momento no vamos a realizar.

<sup>40</sup> P. Iradiel indica que el oficio de tundidor requería cierta especialización de manera que se vigilaba mucho para que quien «pusiera tablero» fuera examinado no sólo en el momento de iniciar el trabajo sino frecuentemente (*Evolución de la industria textil castellana en los siglos XIII-XVI*, ed. Universidad, Salamanca, 1974, p. 204).

<sup>41</sup> Hemos llegado a contar 107 padrones anuales del Repartimiento del Servicio de los años 1503 a 1622, con indicación de lo que pagaba cada vecino. Aunque en ese período no hubo tantas convocatorias del Servicio Real, como el monto de la cantidad total se fraccionaba en pagos anuales era necesaria la realización de padrones nuevos cada año para adecuarse a la gran movilidad demográfica de la ciudad. Este fenómeno era debido a que Ávila casi carecía totalmente de propios (Cf. nuestros art. «Las fuentes demográficas...» o.c. p. 46 y «La documentación fiscal concejil. Un instrumento imprescindible para la historia social» en *Los archivos y la investigación*, Ed. Archivo Histórico Provincial de Ávila, Ávila, 1988).

## UNA MINORÍA MUY ALFABETIZADA: LOS MORISCOS DE ÁVILA

Si los estudios del nivel cultural de las clases populares cristianas son escasos, los de las minorías étnicas son inexistentes. En esta ocasión vamos a presentar la información disponible respecto a la capacidad de firmar de los moriscos abulenses siguiendo un esquema similar al utilizado con los cristianos viejos<sup>42</sup>.

Los mudéjares castellanos nunca destacaron por su nivel cultural; la mayoría de ellos ni siquiera fue capaz de conservar el conocimiento del árabe escrito con soltura, de manera que desde el siglo XIV hubo que recurrir a escribir en castellano resúmenes de la ley musulmana<sup>43</sup>. A partir de la forzosa conversión (mejor sería decir bautizo) de 1502 el proceso de degradación de la propia cultura musulmana se acentúa, sobre todo porque la Inquisición —en su afán por lograr la aculturación de la minoría— consideraba la posesión de libros o manuscritos en «arábigo» o en «aljamía» (castellano), susceptibles de transmitir creencias islámicas, como prueba de herejía<sup>44</sup>, procediendo a condenar y confiscar los bienes del acusado. L. Cardaillac cree que hacia 1540 casi ningún morisco castellano hablaba ni comprendía el árabe, conservando únicamente el recitado de viejas fórmulas de oración prácticamente incomprensibles para ellos<sup>45</sup>. En el caso de la comunidad mudéjar de Ávila el análisis de los apellidos de los varios centenares de moros identificados nos permite afirmar que al menos desde el siglo XV este colectivo hablaba castellano.

Como hicimos con los cristianos viejos, se presentan varios cortes cronológicos que, por razón de las fuentes empleadas, no coinciden con los anteriores. Puede suponerse que una de las dificultades fundamentales estriba en identificar a los miembros de la minoría, ya que al bautizarse tomaron nombres cristianos (los apellidos anteriores eran idénticos a los de la mayoría) y se asimilaron a todos los efectos al resto de la comunidad. En otro lugar<sup>46</sup> se han descrito los mecanismos y fuentes empleados para determinar la personalidad morisca de un importante número de habitantes de esta ciudad, que a principios del siglo XVI alcanzaban la cifra de 159 vecinos, es decir aproximadamente el 12,5 por cien de

<sup>42</sup> Entendemos por cristianos viejos quienes no fueran «convertidos de moros» sin entrar en distinguir entre genuinos cristianos viejos y judeo-conversos.

<sup>43</sup> Cf. M.A. Ladero Quesada. «Los mudéjares de Castilla en la Baja Edad Media», *Historia. Instituciones. Documentos*, 5 (1978), Sevilla, p. 282. Esto que ocurría entre los mudéjares castellanos no se puede generalizar al conjunto del país; los valencianos fueron los que mejor conservaron el árabe (Cf. A. Labarta y R. García Cárcel. «Un fondo de documentos árabes de moriscos valencianos», *I Jornadas de Cultura Árabe-Islámica*, Madrid, 1978, pp. 395-401); algunos moriscos aragoneses mantuvieron hasta 1610 un cierto comercio clandestino del libro en aquella lengua (Cf. J. Fournel-Guerin. «Le livre et la civilisation écrite dans la communauté morisque aragonaise (1540-1620)» *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 15 (1979), pp. 241-259).

<sup>44</sup> Cf. J. Fournel-Guerin. «Le livre et la civilisation...» o.c. pp. 241-242.

<sup>45</sup> *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, Ed. F.C.E. Madrid, 1979, p. 70.

<sup>46</sup> S. de Tapia. «La opresión fiscal de la minoría morisca en las ciudades castellanas. El caso de la ciudad de Ávila», *Studia Storica*, vol. IV, 3 (1986), pp. 17-49, Universidad de Salamanca.

los pecheros de la ciudad; esta gente hacia mediados del siglo sólo representaba ya algo menos del 10 por cien pues la ciudad conoció un importante fenómeno de atracción de población del entorno rural al calor de la expansión artesanal. En 1570 llegó un numeroso grupo de moriscos granadinos que, aunque fueron dispersados por las aldeas de la tierra, no tardaron en reagruparse en la ciudad,

Cuadro 7  
NIVEL DE ALFABETIZACIÓN DE LOS MORISCOS DE ÁVILA  
(Sólo hombres)

Año	Vec. mor. Ávila	Pers. de que tenemos inf.		Saben firmar		No saben firmar	
	n.º	n.º	%	n.º	%	n.º	%
	1 (1)	2	3 (2)	4	5 (3)	6	7 (3)
a) Convertidos							
1503	159	49	30,8	31	63,3	18	36,7
1519	207	82	39,6	57	69,5	25	30,5
1549	233	98	42,1	76	77,5	22	22,4
1580	172	93	54,1	67	72	26	27,9
1594	164	90	54,9	66	73,3	24	26,7
1610	166	93	56	68	73,1	25	26,9
Subtotal	1.101	505	45,9	365	72,3	140	27,7
b) Granadinos							
1594	288	52	18	10	19,2	42	80,8
1610	269	48	17,8	14	29,2	34	70,8
Subtotal	557	100	17,9	24	24	76	76
Total (conv. + gr.)	1.658	605	36,5	389	64,3	216	35,7

- (1) En esta columna se contabilizan todos los vecinos moriscos, es decir, familias o unidades fiscales; por tanto también se incluyen algunas viudas. El resto del cuadro se refiere sólo a hombres.  
 (2) Porcentaje respecto al total de vecinos moriscos de la ciudad ese año. En 1594 y 1610 se distingue entre convertidos y granadinos.  
 (3) Porcentaje respecto al total de vecinos moriscos de los que tenemos información (columna 1).

buscando la compañía de los bien establecidos *convertidos* (así se llamaban a los descendientes de los mudéjares locales); de manera que desde los años noventa hasta la expulsión de 1610-1611 los miembros de la minoría representaban del 18 al 19 por cien del colectivo pechero de la ciudad; en términos absolutos, en 1610 había 166 familias convertidas y 269 granadinas, lo que significaba que eran el grupo morisco más numeroso e influyente de la submeseta norte<sup>47</sup>.

<sup>47</sup> H. Lapeyre de la cifra de 366 vecinos expulsados de Valladolid y 346 de Ávila (*Géographie de l'Espagne morisque S.E.V.P.E.N. París, 1959, p. 198*), sin embargo las fuentes locales, mucho más precisas que los resúmenes de los burócratas que controlaron la expulsión, dejan claro que de Ávila salieron entre 435 y 439 vecinos, aparte de dos docenas familias que permanecieron.



A pesar de un innegable sentimiento de solidaridad interna, las diferencias y la separación entre convertidos y granadinos se mantuvieron muy vivas en todo momento; mientras que los convertidos accedieron a casi todos los puestos a que un pechero podía aspirar, los granadinos ocuparon, salvo excepciones, los grados más bajos de la escala social y laboral. Concretamente los convertidos tuvieron entre sus miembros a varios escribanos públicos, así como médicos y boticarios...; consiguieron ser elegidos alcaldes de la Mesta, diputados de varias cuadrillas... lograron oficios públicos que requerían tanta confianza social y solvencia económica como ser mayordomos de la alhóndiga o ser ordinarios (correos oficiales) de las más importantes ciudades del reino, etc. Económicamente también se situaron bien, sobre todo en las últimas décadas de su permanencia en estas tierras cuando poco a poco fueron ocupando el espacio económico que la burguesía castellana iba abandonando.

Volviendo al tema objeto del presente trabajo, hay que decir que con los moriscos las fuentes empleadas para detectar su capacidad o incapacidad de firmar han sido más numerosas y, sobre todo, más variadas que las de los cristianos viejos; en concreto se han utilizado los protocolos notariales anteriores y otros muchos de los años que corresponden con los cortes cronológicos. Además hemos revisado —no sólo con este objeto, obviamente— las 83 cajas de la Sección Audiencia del AHPAv referidas al siglo XVI, de donde procede la mayor parte de la información a este respecto<sup>48</sup>; igualmente se ha sacado fruto de ciertos legajos de la Sección Inquisición del Archivo Histórico Nacional<sup>49</sup>. Como resultado de tal convergencia de fuentes los porcentajes que alcanzan aquellos de quien se tiene información respecto al total de vecinos moriscos son muy superiores a los porcentajes alcanzados en el caso de los cristianos viejos (comparar la columna 3 del cuadro 7 con la 3 del cuadro 1), exactamente conocemos el nivel de destreza en la firma del 36,5 por cien de los moriscos y sólo el 14,7 por cien de los cristianos viejos, de donde cabe inferir que el grado de verosimilitud alcanzado será mayor con la minoría que con la mayoría.

La columna 5 del cuadro 7 refleja que los *convertidos* (hombres) constituían una comunidad muy alfabetizada (72,3 por cien de media), mientras que los granadinos lo estaban en un grado muy modesto. Es sorprendente que los varones convertidos tuvieran más facilidad para firmar que sus coetáneos cristianos viejos, incluso desde el momento de su conversión en 1502. Tal fenómeno no deja de ser chocante pues ha sido un lugar común hablar del ínfimo nivel cultural de los moriscos. Por paradójico que parezca, esto tiene su explicación. Como ocurría con los individuos de la mayoría, también aquí hay tendencia en las fuentes a proporcionar más información de los componentes más activos de la comunidad quienes, por ende, cabe suponer que serían los más letrados. No hay que olvidar que los moriscos de la ciudad de Ávila constituían un colectivo atípico den-

<sup>48</sup> La numeración de tales cajas es la siguiente: 442 a 444, 447 a 450, 453 a 456, 533 a 588, 656, 702 a 706, 775, 882, 1.044, 1.067 a 1.072 y 1.102; en todos los casos ambas cajas inclusive.

<sup>49</sup> En concreto: 2.108 exp. 16; 2.109 exp. 2 y exp. 9; 2.110 exp. 6; 4.599 exp. 1 y exp. 13; 4.600 exp. 6.

Cuadro 8  
**APORTACIÓN FISCAL Y NIVEL DE ALFABETIZACIÓN  
 DE LOS MORISCOS (Excluidas las mujeres)**

Año	Saben firmar		No saben firmar	
	Pers. de que tenem. infor.	Aport. fiscal (promedio, mrs)	Pers. de que tenem. infor.	Aport. fiscal (promedio mrs)
	1	2	3	4
1503	30	96	17	47
1519	56	98	23	68
1549	71	142	19	157
1594	74	410	51	150
1610	84	2.374	63	830
suma o media	315	788	173	377

Cuadro 9  
**ALFABETIZACIÓN DE LOS MORISCOS. POR SECTORES PRODUCTIVOS  
 (Datos de 1580, 1594 y 1610 acumulados)**

	Pers. de que tenem. inform.	Saben firmar		No saben firmar	
		n.º	%	n.º	%
	1	2	3	4	5
Primario	23	7	30,4	16	69,6
Secundario	120	59	49,2	61	50,8
Terciario	175	126	72	49	28

tro del conjunto de sus correligionarios del país: llegaron a alcanzar un status social aceptable y destacaron por su actividad y riqueza<sup>50</sup>.

Este alto nivel de alfabetización venía inducido, mucho más que por intereses estrictamente culturales (entendidos en un sentido convencional), por la necesidad de desenvolverse con cierta holgura en un entorno económico que no les era a priori precisamente propicio. Hay algunos hechos que avalan esta hipótesis: en los inventarios post mortem de los moriscos son prácticamente inexistentes los libros<sup>51</sup>; se ha comprobado (cuadro 8) que hay correspondencia directa, excep-

<sup>50</sup> Baste el dato de que, cuando la Inquisición de Valladolid conviene con el conjunto de los moriscos de su distrito (casi toda la actual región castellano-leonesa), que éstos aporten 400.000 mrs. anuales a cambio de renunciar a confiscar sus haciendas «por delitos que cometiesen tocantes al dicho Santo Oficio», les corresponde pagar de tal cantidad 108.000 mrs. a los de la ciudad de Ávila (AHN, *Inquisición*, 2.109, piezas 1, 2 y 9).

<sup>51</sup> Sólo dos libros de horas en el legado de un mercader —que hizo su fortuna en Sevilla— y de una rica y piadosa viuda de otro mercader, ambos pertenecientes a la misma familia.

to en 1549, entre saber firmar y posesión de riqueza; analizando el nivel de alfabetización de los individuos de cada sector productivo (cuadro 9) queda claro el papel instrumental que esta destreza intelectual debía jugar entre los cristianos nuevos; a este respecto piénsese que es consustancial al sector terciario (el más frecuente entre los moriscos, sobre todo entre los convertidos) precisar de frecuentes relaciones sociales y éstas se facilitan si existe cierto nivel cultural, en cambio el sector primario apenas requiere relaciones sociales por lo que no importa que haya un gran porcentaje de iletrados; pues bien, estas premisas son las que se cumplen con nuestra minoría.

En todo caso el tono cultural de la ciudad no era marcado por estos moriscos ni tampoco por aquellos artesanos cristiano-viejos de aceptable grado de habilidad lecto-escritora. Era la minoría culta de hidalgos y eclesiásticos la única que consumía y producía cultura<sup>52</sup>; eran estos sectores privilegiados quienes no sólo detentaban el poder económico y político sino también la hegemonía ideológica y el monopolio cultural.

Revisando la evolución del analfabetismo entre los varones de la minoría étnica (columna 7 del cuadro 7) vemos cómo va retrocediendo en la primera mitad del siglo; en lo que queda de centuria el impulso alfabetizador se detiene sin que parezcan reflejarse los cambios en la coyuntura ideológica tal como ocurría entre los cristianos viejos; esta circunstancia vendría a reforzar la idea de que la capacidad escritora de los moriscos tenía poco que ver con la cultura.

Por lo que respecta a los *granadinos*, que llegaron a Ávila en 1570 bastante islamizados<sup>53</sup>, su castellanización y posterior alfabetización parece ir a buen ritmo: en 1594 sabían firmar el 19,2 por cien y en 1610 el 29,2 por cien; hay que tener en cuenta que esta gente procedía de zonas rurales del reino de Granada (hoya de Baza y vega granadina) y que aquí muchos de ellos conservaron su ocupación agraria, lo que suponía propensión al analfabetismo.

Utilizando la información aportada por los padrones del repartimiento del Servicio —tal como más arriba se dijo— hemos elaborado el cuadro 8 donde se manifiesta la *correspondencia existente entre riqueza y capacidad de escribir* mediante el recurso de hallar el promedio de lo aportado en aquel impuesto por quienes sabían firmar y por quienes no sabían<sup>54</sup>. La cifra media de lo aportado por los letrados es el doble que la de los iletrados; excepto el año 1549 en todos los

<sup>52</sup> L.E. Rodríguez-San Pedro nos pinta el sugestivo ambiente intelectual de una familia hidalga y judeoconversa, la de Santa Teresa. «Libros y lecturas para el hogar de don Alonso Sánchez de Cepeda», *Salmanticensias*, XXXIV (1987), pp. 169-188. Y B. Jiménez Duque recoge la obra de un selecto grupo de clérigos locales. *La escuela sacerdotal de Ávila del siglo XVI*, ed. Universidad Pontificia de Salamanca y F.U.E., Madrid, 1981.

<sup>53</sup> «Hablan su lengua entrellos, aunque los más son ladinos en la nuestra» informaba en 1583 el corregidor de Ávila al Consejo de la Inquisición (AHN, *Inquisición*, 2.111, exp. 3).

<sup>54</sup> En 1580 no hemos efectuado esta comparación pues el listado-base de los convertidos de ese año no parte de ninguna relación concreta sino de varias de una serie de años en torno a esa fecha; caso distinto es el de los otros cinco cortes cronológicos en que, a partir de listas de moriscos únicas —aunque completadas a veces con fuentes colaterales— procedentes del Repartimiento del Servicio (años 1503, 1519 y 1610) o efectuadas para o por el Santo Oficio (año 1549 y 1594), se ha buscado en el correspondiente padrón del Servicio de ese año lo que pagó cada uno de los moriscos.

demás se repite el hecho de la equivalencia entre el grado de alfabetización y el de la riqueza; estamos convencidos de que si algo similar se hubiera hecho con los cristianos viejos el resultado no variaría, lo mismo que no cambian básicamente las conclusiones a que se llega al calcular el nivel de alfabetización de los moriscos por sectores productivos (cuadro 9): como ocurría con los cristianos viejos el mayor grado de iletrismo está en el sector primario (69,6 por cien, menor que entre los agricultores de la mayoría), seguido del secundario (50,8 por cien, igual en las dos comunidades) y del terciario (28 por cien, algo superior entre los antiguos moros).

En el universo musulmán la *mujer* se halla en clara inferioridad social respecto al hombre; las niñas, destinadas al matrimonio, permanecen confinadas en el hogar y casi privadas de instrucción ya que, a diferencia de lo que ocurre en el mundo cristiano, no es competencia suya educar ni instruir a los niños<sup>55</sup>. Esto es lo que explica el gran abismo que hay entre los hombres y las mujeres de la minoría morisca abulense, incluso aunque nos refiramos a las descendientes de los mudéjares y excluyamos a las granadinas (cuadro 10). Si los varones moriscos eran más hábiles firmando que los cristianos viejos, no ocurría lo mismo con sus compañeras, que alcanzaban cotas de alfabetización más bajas que las de la mayoría étnica; además el paso de los años no parece significar ningún progreso.

Cuadro 10  
LA ALFABETIZACIÓN DE LAS MORISCAS «CONVERTIDAS»

Año	Pers. de que tenem. inform.	Saben firmar		No saben firmar	
	n.º	n.º	%	n.º	%
1580	39	5	12,8	34	87,2
1610	17	2	11,8	15	88,2

Es casi nula la información que ha llegado hasta nosotros respecto al *sistema educativo de los moriscos*. Una única referencia nos indica que los hijos de algunos convertidos acomodados acudían a las clases de un tutor particular, cristiano viejo, con quien establecían un contrato privado<sup>56</sup>. En la relación nominal de 1561 aparece viviendo en el corazón de la vieja morería un tal «Flores, que ense-

<sup>55</sup> Cf. D. Sourdel. *El Islam*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1973, p. 64. En las comunidades moriscas en las que el empeño por mantener vivo el Islam estaba muy arriesgado, como era el caso de Aragón, la mujer sí jugaba el papel de transmisora de los conocimientos religiosos a los niños en el seno del hogar (Cf. J. Fournel-Guérin. «La femme morisque en Aragon» en *Les morisques et leur temps*, ed. du CNRS, Paris, 1983, pp. 523-538), claro que estos conocimientos eran tan elementales que con frecuencia se reducían a los ritos alimenticios.

<sup>56</sup> AHPAv, Sección *Audiencia*, caja 545. El procedimiento ha sido descrito para Valladolid por A. Rojo Vega. *Ciencia y cultura en Valladolid. Estudio de bibliotecas privadas de los siglos XVI y XVII*, Ed. Universidad, Valladolid, 1985, p. 28.

ña niños»<sup>57</sup> y en el apeo de los convertidos abulenses que la Inquisición realiza en 1565 se relacionan 5 moriscos apellidados Flores (un apellido no muy frecuente entre los cristianos viejos) varios de los cuales viven en aquel barrio, ¿se trataba de un maestro de la etnia minoritaria? Lo más probable es que no; en todo caso, si lo era no estaríamos ante un maestro exclusivo para niños moriscos ya que la mayoría dominante, siempre recelosa en estas cuestiones, lo hubiera interpretado como un intento de mantener un aparato educativo propio y se hubiera opuesto, de todo lo cual nos habría llegado alguna referencia, dada la gran cantidad de documentación de toda índole que ha pasado por nuestras manos referida a los moriscos abulenses. Además la débil cohesión institucional de éstos —comprobada en otras circunstancias— hace improbable el mantener una escuela exclusiva para ellos.

En cambio los granadinos, más celosos de su idiosincrasia y/o más rechazados que los convertidos, intentaron en 1596 —una vez que el tiempo había suavizado el trauma del desarraigo de su tierra— abrir una escuela (se supone, por la contestación de las autoridades municipales, que sólo para los niños moriscos), a lo que el Concejo se opone «siendo como es tan perjudicial para la crianza de ellos [de los niños] y su buena doctrina», acordándose notificar a quien lo intentó «y a cualquier otro morisco del Reino de Granada que pretendiera hacer lo mismo o usare el ser maestro de niños, que no usen del dicho oficio so pena de 50.000 mrs»<sup>58</sup>. Nótese que la negativa se refiere específicamente a los granadinos y no al conjunto de los moriscos: sin duda la sociedad abulense distinguía muy bien entre los descendientes de los mudéjares locales y los recién llegados del sur.

## CONCLUSIONES

\* Este tipo de estudios monográficos de nivel local son la base imprescindible de las necesarias síntesis generales. Ahora bien, se impone homogeneizar los métodos si no se quiere correr el riesgo de hacer inútil todo el esfuerzo.

\* Si los resultados aquí obtenidos se generalizan en un ámbito geográfico amplio, habrá que revisar o matizar la idea tan extendida de que la casi totalidad del artesanado urbano de la época era analfabeto.

\* En todo caso el tiempo del progreso en la alfabetización de las masas urbanas durante el Renacimiento castellano se divide entre un primer tercio del siglo de gran dinamismo y los dos tercios restantes en que las cosas parecen estables o con cierto decaimiento.

\* Se manifiesta una relación directa entre ocupación profesional y nivel cultural, no sólo en el caso de quienes poseen títulos universitarios sino en el conjunto de las actividades productivas; creemos que lo que determina el diverso grado

<sup>57</sup> AGS, Exp. Hac. leg. 50, fol. 32 v.

<sup>58</sup> AHPAv, *Actas Consistoriales*, libro 23, fol. 93 v-94 (16-XI-1596).

de alfabetización de los distintos empleos es el nivel de abstracción requerido para desarrollar cada uno de ellos con solvencia.

\* Con frecuencia los historiadores nos hemos dejado influir en nuestra consideración de las minorías étnicas por algunas ideas elementales que respecto a ellas tenía la mayoría dominante. En el caso de los moriscos, fundamentalmente como consecuencia de los defectos y vicios que los apologistas de la expulsión les atribuyeron a posteriori para justificarla, han sido aceptados hasta nuestros días, sin grandes prevenciones, algunos de los clichés que acerca de ellos se generalizaron: su bajo nivel social y cultural, su fecundidad, etc... También aquí hay que introducir la duda y la investigación rigurosa. En las páginas anteriores comprobamos con asombro que los hombres moriscos (no las mujeres) descendientes de los viejos mudéjares castellanos habían logrado un grado de alfabetización igual o incluso superior al de las clases populares cristiano-viejas.